

Eoin Colfer

Y una cosa más...

«Guía del autoestopista galáctico»
de Douglas Adams

Sexta parte de la trilogía

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

And Another Thing...

Penguin

Londres, 2009

*El editor agradece la ayuda financiera del Ireland Literature Exchange
(translation fund), Dublín, Irlanda.*

www.irelandliterature.com info@irelandliterature.com

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Julio Vivas

Primera edición: junio 2012

© De la traducción, Daniel Najmías, 2012

© Eoin Colfer and Completely Unexpected Productions Limited, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2400-1

Depósito Legal: B. 14098-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígono El Pla

08750 Molins de Rei

Para Jackie, Finn y Seán, que me echan de menos cuando me voy de viaje, pero no tanto como yo a ellos. Si queréis recordar qué aspecto tengo, creo que hay una foto mía en la contraportada de este libro.



La tormenta había amainado definitivamente y los truenos que se oían retumbaban sobre colinas más lejanas como un hombre que dice «y una cosa más...» veinte minutos después de admitir que ha perdido.

DOUGLAS ADAMS

Amigos míos, hemos viajado a través del tiempo y el espacio para sacudir esta casa otra vez.

TENACIOUS D



PRÓLOGO

Si usted posee un ejemplar de la *Guía del autoestopista galáctico*, entonces una de las últimas cosas que probablemente introduciría en su v-pizarra sería el título de ese volumen Subeta en concreto, pues es de suponer que, dado que tiene un ejemplar, ya lo sabe todo acerca del libro más notable jamás salido de los grandes grupos editoriales de la Osa Menor. No obstante, la *presunción* siempre ha quedado en segundo lugar en todas las elecciones importantes sobre *causas de conflicto intergaláctico* celebradas en los últimos milenios, siendo el primer puesto invariablemente para los *cabrones con grandes armas y acaparadores de tierras* y el tercero, por lo general, repartido entre *codiciar a la pareja de otro ser sensible* y la *interpretación errónea de sencillos gestos de la mano*. El «¡Eh! ¡Esta pasta es fantástica!» de un hombre es el «Tu madre es una mujer rápida y fácil con los marineros» de otro.

Pongamos por caso que se encuentra usted en una escala de ocho horas en Port Brasta sin crédito suficiente para poner un detonador gargárico en su implante, y que, tras darse cuenta de que no sabe casi nada acerca de ese libro supuestamente maravilloso que tiene en las manos, decide, por puro aburrimiento, un aburrimiento de esos que envuelven el cerebro en una especie de neblina, introducir las palabras «guía del autoestopista galáctico»

en la barra de búsqueda de la *Guía del autoestopista galáctico*. ¿Qué resultados arrojará ese frívolo tecleo?

En primer lugar, en un flash de píxeles aparecerá un icono animado que le informará de que hay tres resultados, lo cual es confuso, pues salta a la vista que debajo aparecen cinco, numerados en el orden habitual.

Nota de la Guía: Eso siempre y cuando su comprensión del orden numérico habitual sea de pequeño a grande y no de derivativo a inspirado, como les ocurre a las babosas folfangueanas, que calculan el valor de un número basándose en la integridad artística de su forma. Los tickets del supermercado Folfangan son unas cintas muy hermosas, pero la economía del súper se va al traste al menos una vez por semana.

Cada uno de esos cinco resultados es un extenso artículo acompañado de muchas horas de archivos de vídeo y de audio y algunas reconstrucciones espectaculares en las que intervienen actores bastante famosos.

Ésta no es la historia de esos artículos.

Sin embargo, si desplaza el cursor hacia abajo hasta pasar el artículo cinco y hace caso omiso de las ofertas para rehipotecar sus riñones y alargar su *pormwrangler*, llegará a una línea en la cual, en un tipo de letra diminuto, puede leerse: «*Si le ha gustado éste, entonces es posible que también le guste leer...*» Deslice el icono sobre ese enlace y se verá conducido hacia un apéndice de «sólo texto» que no contiene absolutamente ningún archivo de audio y ni un solo cuadro de vídeo grabado por un estudiante de dirección que lo hizo todo en su dormitorio y pagó con sándwiches a sus amigos de la compañía de arte dramático.

Ésta es la historia de ese apéndice.

INTRODUCCIÓN

Según todo lo que sabemos..., un buen día el Gobierno Galáctico Imperial decidió, sobre un cubo lleno de cangrejos enjorados, que era necesario construir una autopista interespacial en el extremo menos elegante del brazo espiral occidental de la Galaxia. La decisión se transmitió de prisa y corriendo por varios canales con el más que visible pretexto de impedir la congestión del tráfico en un futuro remoto, cuando de lo que en realidad se trataba era de dar empleo a unos cuantos primos de ministros que vivían merodeando y gorroneando por la plaza del Gobierno. Por desgracia, la Tierra se encontraba en el camino de la autopista planeada, razón por la cual se envió a los despiadados vogones en una flota de la constructora para que quitasen de en medio el planeta infractor haciendo un uso moderado de armas termonucleares.

Dos supervivientes se las ingeniaron para hacer autoestop y viajar en una nave vogona: Arthur Dent, un joven empleado inglés de una emisora de radio local, cuyos planes para esa mañana no incluían la pulverización de su planeta natal debajo de las pantuflas. Si la especie humana hubiese celebrado un referéndum, habría sido muy probable que hubiera votado a Arthur Dent como *el menos idóneo para llevar al espacio las esperanzas de la humanidad*. De hecho, en el anuario universitario de Arthur

se lo mencionaba como aquel «con más probabilidades de terminar viviendo en un agujero en las tierras altas escocesas y con el resentimiento como única compañía». Afortunadamente, Ford Prefect, el amigo betelgeusiano de Arthur e investigador itinerante de ese ilustre almanaque de viajes interestelares titulado *Guía del autoestopista galáctico*, era un tipo más optimista. Ford veía nubes de color rosa allí donde Arthur sólo veía nubarrones; de ahí que entre los dos formasen un prudente viajero espacial a menos que sus viajes los llevaran al planeta Junipella, donde, de hecho, nunca había nubarrones. No cabe duda de que Arthur habría llevado la nave directamente hacia el nubarrón más negro y más cercano, y de que Ford, casi con toda seguridad, habría intentado robar la nube más rosada, lo cual habría resultado en la catastrófica combustión del gas natural contenido en ella. La explosión habría sido bonita, pero en cuanto final heroico le habría faltado algo, por ejemplo, un héroe de una sola pieza.

El otro único terrícola superviviente fue Tricia McMillan, o Trillian, para usar su estupendo nombre espacial, una astrofísica tremendamente ambiciosa y reportera novata que siempre había creído que la vida era algo más que la vida en la Tierra. A pesar de esa convicción, Trillian se había quedado pasmada cuando Zaphod Beeblebrox, el inconformista y bicéfalo Presidente de la Galaxia, la envió de un plumazo a las estrellas.

¿Qué podemos decir del Presidente Beeblebrox que no se haya impreso ya en camisetas y no haya circulado gratis por toda la Galaxia con cada compra uBid? ZAPHOD DICE SÍ A ZAPHOD fue, probablemente, el eslogan más famoso jamás impreso en una camiseta, aunque ni siquiera el equipo de psiquiatras de Zaphod entendía lo que en realidad significaba. Y el segundo favorito probablemente fue: BEEBLEBROX. ALEGRÉMONOS DE QUE ESTÉ AHÍ.

Según una máxima de valor universal, si alguien se toma la molestia de imprimir algo en una camiseta, lo impreso es casi definitivamente no falso al cien por cien, lo que equivale a decir que es más que probable que no sea ni bastante ni definitivamente

te totalmente falso. En consecuencia, cada vez que Zaphod Beeblebrox llegaba a un planeta, la gente contestaba siempre «sí» a cualquier pregunta que él hiciera y, cuando se iba, la gente se alegraba de que estuviera ahí.

Esos héroes menos que tradicionales se atrajeron inexplicablemente entre sí y se embarcaron en una serie de aventuras que, en su mayoría, implicaban darse un garbeo por el espacio y el tiempo, sentarse en sofás cuánticos, charlar con ordenadores gaseosos y, por lo general, no encontrar significado ni realización en ningún rincón del Universo.

Al final, Arthur Dent regresó al agujero del espacio donde solía estar la Tierra y descubrió que el agujero lo llenaba ahora un planeta del tamaño de la Tierra que se parecía increíblemente a la Tierra y se comportaba como ella. De hecho, ese planeta era una Tierra, sólo que no la de Arthur. En todo caso, no la de *ese* Arthur. Dado que su planeta natal estaba en el centro de una zona plural, al Arthur que nos interesa lo habían enviado a lo largo del eje dimensional hacia una Tierra que los vogones nunca habían destruido. Eso le alegró bastante la vida a *nuestro* Arthur, y su estado de ánimo, normalmente pesimista, mejoró aún más cuando conoció a Fenchurch, su alma gemela. Por suerte, esa época idílica no terminó interrumpida por unos Arthurs que entraban dando botes en un *universo alternativo* y que muy bien podrían haber estado paseando por ahí, posiblemente en Los Ángeles, y trabajando para la BBC.

Arthur y su verdadero amor recorrieron juntos las estrellas hasta que Fenchurch desapareció en mitad de la conversación durante un salto hiperespacial. Arthur la buscó por todo el Universo y pagó sus viajes intercambiando fluidos corporales por billetes de primera clase. Finalmente quedó abandonado a su suerte en el planeta Lamuella, donde se estableció como fabricante de sándwiches para una tribu primitiva que creía que los sándwiches eran algo sensacional.

Su tranquilidad se vio alterada con la llegada de una caja

enviada por Ford Prefect y que contenía el Mk II de la *Guía del autoestopista galáctico* en la forma de un meloso pájaro negro y pandimensional. Por su parte, Trillian, que ahora era una periodista triunfadora, tuvo algo que parir para Arthur en la forma de Random Dent, la hija concebida con el dinero (donado) que costaba el asiento 2D en el ojo-rojo de Alfa Centauro.

Arthur asumió el papel de padre a regañadientes, pero pronto la truculenta adolescente le hizo perder los papeles. Random robó el Mk II de la *Guía* y puso rumbo a la Tierra, donde, según creía, podría finalmente sentirse en casa. Arthur y Ford la siguieron, y, cuando llegaron, Trillian ya estaba en el planeta.

Sólo entonces se revela el objetivo del Mk II. Los vogones, irritados porque la Tierra se negaba a que la siguieran *ka-tronando*, habían diseñado el pájaro para convencer a los fugitivos de que volviesen a su planeta antes de destruirlo en todas sus dimensiones, cumpliendo así su misión original.

Arthur y Ford se dirigieron a velocidad casi vertiginosa al Club Beta de Londres y sólo se detuvieron para comprar *foie gras* y zapatos de ante azul. Gracias a ese antiguo eje dimensional/zona plural encontraron a Trillian y a Tricia McMillan, que coexistían en el mismo espacio-tiempo, en el que a las dos les gritaba una exaltada Random.

¿Confundido? Arthur sí, pero no por mucho tiempo. Una vez hubo advertido que los rayos de la muerte verde penetraban palpitando por la atmósfera inferior, todos los demás engorrosos problemas del día parecieron perder su engorrosidad. Al fin y al cabo, no era nada probable que la confusión terminase despiezándolo en un millón de trozos chamuscados.

El Prostetnic Vogón había hecho bien su trabajo. No sólo había engatusado a Arthur, Ford y Trillian para que volvieran al planeta Tierra; también se las había ingeniado para convencer a un capitán grebulón de que destruyera la Tierra en su lugar, ahorrando así a la tripulación varios cientos de horas vog de papeleo en la oficina encargada de las municiones.

Arthur y sus amigos siguen en el Club Beta de Londres, impotentes, y lo único que pueden hacer es contemplar la guerra final lanzada contra la Tierra, incapaces de participar a menos que los espasmos involuntarios y la licuefacción de materia ósea se consideren una manera de participar. En esta ocasión, las armas de destrucción, más que torpedos vobones, son rayos de la muerte, pero, claro, cuando uno es el blanco, un artefacto para destruir planetas se parece mucho a otro...



1

Según el ayudante de un bedel de la Universidad de Maximegalon, que suele merodear delante de las aulas, el Universo tiene dieciséis mil millones de años. De esa supuesta verdad se burla un grupo de poetas *beat* betelgeusianos que afirman tener cuadernos moleskine aún más viejos (tararí-tarará). Diecisiete mil millones como mínimo, dicen esos poetas basándose en su ejemplar de los rollos del Wham Bam Big Bang. Un humano, adolescente prodigio, una vez cifró esa edad en catorce mil millones de años apoyándose en un complejo cálculo que incluía la densidad de las piedras lunares y la distancia entre dos niñas pubescentes situadas en un horizonte de acontecimientos. Uno de los dioses menores de Asgardan dijo entre dientes que en alguna parte había leído algo sobre cierta especie de acontecimiento cósmico de primera magnitud que había tenido lugar dieciocho mil millones de años antes, pero ya nadie presta atención a tales dictámenes divinos, no al menos desde la debacle del *nacimiento de los dioses*, o Thorgate, como se ha llegado a conocer.

Al margen de los billones de años que el Universo realmente tenga, *son* millones de millones de años, y el viejo de la playa parecía haber contado al menos uno de esos billones. Tenía la piel como pergamino ebúrneo y, visto de perfil, se parecía mucho a una trémula S en caja alta.

El hombre recordaba que una vez había tenido un gato, si es que podemos confiar en los recuerdos y tomarlos por algo más que configuraciones neuronales que se extienden a lo largo de trillones de sinapsis. Los recuerdos no podían tocarse con los dedos ni sentirse como el oleaje que cubría los dedos retorcidos de los pies del viejo. Pero entonces, ¿qué eran las sensaciones físicas si no meros mensajes eléctricos procedentes del cerebro? O ¿por qué creer en ellas? ¿Había en el Universo algo digno de confianza que uno pudiera abrazar, algo a lo que aferrarse en medio de una tormenta de mariposas aparte de un pertinaz viento hawailiusiano?

Las putas mariposas, pensó el hombre. Después de entender ese asunto de las alas que baten para alejarse de un continente, millones de traviesos lepidópteros se han unido en bandadas y se han vuelto malintencionados.

No cabe duda de que eso no puede ser real, pensó. ¿Tormentas de mariposas?

Pero, claro, más neuronas traspasaron un número aún mayor de sinapsis susurrando cosas sobre teorías de la improbabilidad. Si una cosa no iba a ocurrir nunca, entonces esa cosa se negaría resueltamente a no ocurrir lo antes posible.

Tormentas de mariposas. Sólo era cuestión de tiempo.

El viejo apartó su atención de ese fenómeno antes de que le sobreviniera alguna otra catástrofe y comenzara el áspero camino hacia su nacimiento.

¿Se podía confiar en algo? ¿Había algo con que consolarse?

Al ponerse, el Sol encendió cuartos crecientes en los bordes de las olitas, bruñó las nubes, trazó rayas plateadas en las hojas de las palmeras e hizo centellear la tetera de porcelana en la mesa de la veranda.

Ah, sí, pensó el viejo. Té. En el centro de un Universo incierto y posiblemente ilusorio siempre habría té.

El viejo dibujó dos números naturales en la arena con un bastón hecho con la pierna desechada de un robot y contempló cómo lo borran las olas.

De pronto se pudo ver el cuarenta y dos y un momento después ya no estaba. Puede que los números nunca estuviesen allí y tal vez ni siquiera tuviesen importancia.

Por alguna razón, eso hizo que el viejo soltase una risa socarrona cuando se inclinó en la pendiente y volvió a la veranda rendido de cansancio. Mientras llamaba a su androide para que le sirviera unas galletas, se sentó, con gran crujido de huesos y de madera, en una silla de mimbre que era absolutamente empática con el entorno.

El androide le sirvió galletas Rich Tea.

Una buena elección.

Unos segundos después, la súbita aparición de un pájaro de metal produjo un lapsus momentáneo en la concentración con que el viejo mojaba la galleta e hizo que perdiese en el té un trozo no desdeñable en forma de cuarto creciente.

—Oh, santo cielo —gruñó—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo trabajando en esta técnica? Galletas para mojar en el té y sándwiches. ¿Qué otra cosa le queda a una persona?

El pájaro permaneció impasible.

—Un pájaro impasible —dijo el viejo en voz baja, disfrutando del sonido de su voz. Cerró el ojo malo, que no había funcionado como es debido desde el día en que, siendo aún niño, el viejo se había mareado y se había caído de un árbol, y examinó a la criatura.

El pájaro se mantuvo inmóvil en el aire; iluminadas por el Sol, las plumas de metal adquirieron un brillo púrpura mientras las alas levantaban pequeños *maelstroms*.

—Batería —dijo el pájaro, con una voz que al viejo le recordó a un actor al que una vez había visto interpretar a Otelo en el Globe Theatre de Londres. Es asombroso lo que da de sí una sola palabra.

—¿Has dicho «batería»? —preguntó el hombre, sólo para confirmarlo. Podría haber sido «latería», o incluso «datería». Ya no oía como antes, sobre todo las consonantes iniciales.

–Batería –volvió a decir el pájaro, y de repente la realidad se resquebrajó y se rompió en mil pedazos como un espejo que cae hecho añicos. La playa desapareció, las olas se congelaron, se cuartearon y se evaporaron. Lo último que se desvaneció fue la galleta Rich Tea.

–Hijoputa –masculló el viejo cuando las últimas migas se le deshicieron en la punta de los dedos, y acto seguido se reclinó en un cojín en la habitación de cielo que de repente lo rodeó. Pronto vendría alguien, estaba seguro. Desde las oscuras cavernas de sus viejos recuerdos, los nombres Ford y Prefect emergieron como murciélagos grises para asociarse con el desastre inminente.

Cada vez que el Universo se venía abajo, Ford Prefect no andaba lejos. Él y ese detestable libro suyo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. *El orgullo del horquillador es una falacia.*

Eso o algo muy parecido.

El viejo sabía perfectamente qué diría Ford Prefect.

Mira el lado bueno, viejo. Al menos no estás tumbado delante de un bulldozer, ¿eh? Al menos no nos están lanzando por una esclusa de los vogones. Una habitación de cielo no es algo demasiado feo, que lo sepas. Podría ser peor, muchísimo peor.

–Será muchísimo peor –dijo el viejo con sombría certeza. Según su experiencia, las cosas siempre iban a peor, y las raras veces que las cosas realmente parecían mejorar, sólo se trataba de un preludio dramático a un empeoramiento cataclísmico.

Oh, sí, esa habitación de cielo *parecía* bastante inofensiva, pero ¿qué terrores acechaban más allá de sus ondulantes paredes? Ninguno que no fuese terrible, de eso el viejo estaba seguro.

Metió el dedo en una de las superficies blandas de las paredes y al hacerlo recordó el pudín de tapioca, lo cual hizo que el viejo casi sonriera hasta que recordó que había odiado la tapioca desde que un matón de primaria le había llenado las pantuflas con puré de tapioca en el colegio Eaton House.

–Blisters Smyth, puta mierda –susurró.

La punta del dedo del viejo dejó un agujero efímero en las

nubes y a través de ese agujero él pudo atisbar, más allá, una ventana de guillotina de doble altura y, fuera de la ventana..., ¿podía ser un rayo de la muerte?

El viejo casi temió que lo fuese.

Todo este tiempo, pensó. Todo este tiempo y no ha pasado nada.

Ford Prefect estaba haciendo realidad su sueño, siempre y cuando ese sueño incluyese una temporada en uno de los centros turísticos ultralujosos, de cinco supergigantes y naturalmente erosionados de Han Wavel. Llenaba las horas que pasaba despierto con grandes cantidades de cócteles exóticos y relaciones con hembras exóticas de diversas especies capaces de producir un *daño permanente*.

Y lo mejor era que del gasto de todo ese paquete permisivo y posiblemente acortador de la vida se ocuparía su tarjeta Dine-O-Charge, que no tenía límite de crédito gracias a un pequeño ordenador creativo que él le había incorporado en su última visita a las oficinas de la *Guía del autoestopista*.

Si a un Ford Prefect más joven le hubiesen entregado una página en blanco y le hubiesen pedido que en su tiempo libre escribiera un párrafo breve exponiendo con detalle los deseos que más acariciaba para el futuro, la única palabra que podría haber cambiado en el párrafo anterior sería el adverbio «posiblemente». *Probablemente*.

Los centros vacacionales de Han Wavel eran tan obscenamente lujosos que se decía que un macho de Brequindan sería capaz de vender a su madre con tal de pasar una noche en la infame vibrosuite del Hotel Sandcastle. No es tan escandaloso como suena, pues en Brequindan los padres son moneda de cambio y un septuagenario bien hidratado y con una buena dentadura puede servir para comprarse un vehículo motorizado familiar de mediano alcance.

Es posible que Ford no hubiese vendido a la madre ni al padre para financiarse la estancia en el Sandcastle, pero tenía un

primo de dos cráneos que a menudo causaba más problemas de los que valía.

Todas las noches cogía el carnascensor que llevaba hasta su ático, graznaba en la puerta para que se abriera y lo dejase entrar y después hacía tiempo para mirarse los ojos inyectados de sangre antes de caer inconsciente boca abajo en el lavabo.

Ésta es la última noche, juraba todas las noches. Mi cuerpo se rebelará y se derrumbará sobre sí mismo, ¿verdad?

¿Qué diría su obituario en la *Guía del autoestopista?*, se preguntó Ford. Sería breve, de eso no había duda. Un par de palabras. Quizá las mismas dos palabras que él había usado para describir el planeta Tierra muchos años antes.

Fundamentalmente inofensivo.

La Tierra. ¿No había ocurrido en la Tierra algo más bien triste en lo que él tendría que estar pensando? ¿Por qué había cosas que podía recordar y otras que eran tan claras como una mañana brumosa en las llanuras brumosas de Nefología, permanentemente envueltas en la niebla?

Generalmente era más o menos en ese estado sensiblero cuando el tercer detonador gargárico exprimía la última gota de conciencia del cerebro de Ford, con su excedente de licores, y él reía como un tonto dos veces, chillaba como un pollo de rodeo y ejecutaba una voltereta casi perfecta hacia delante en el lavabo portátil más cercano.

Y, sin embargo, todas las mañanas, cuando levantaba la cabeza del lavabo del cuarto de baño completo (si tenía suerte), Ford se encontraba milagrosamente revitalizado. No tenía resaca ni aliento de dragón, y tampoco un vaso capilar reventado en una de las dos escleróticas que diera testimonio de los excesos de la noche anterior.

—Eres un tío frud, Ford Prefect —se decía invariablemente—. Sí, lo eres.

Aquí algo huele a pescado podrido, insistía su subconsciente, al que rara vez oía.

¿A pescado?

Hasta luego y gracias por todo el...

¿No había algo con delfines? No son peces, cierto, pero habitaban en el mismo... hábitat.

¿Piensa, idiota! ¿Piensa! Deberías estar muerto cientos de veces. Has consumido cócteles suficientes para conservar en escabeche no sólo a ti mismo sino a varias versiones alternativas de ti mismo. ¿Cómo es que sigues vivo?

—Vivo y frud —decía Ford, dirigiéndose a menudo un guiño a sí mismo en el espejo, admirando lo lustroso que se le había vuelto el pelo rojo y cuán pronunciados los pómulos. Además, parecía estar creciéndole una barbilla. Una verdadera barbilla finamente cincelada.

—Este lugar está haciéndome bien —le dijo a su reflejo—. Todos los tratamientos con cataplasmas de fotosanguijuelas e irradiación de colono-lemmings están mejorando muchísimo mi sistema, en serio. Creo que le debo a Ford Prefect quedarme un poco más.

Y eso fue lo que hizo.

El último día Ford pagó con la tarjeta de crédito un masaje subacuático. El masajista era un calamar pom-pom damograniano con once tentáculos y mil ventosas que le dieron una auténtica paliza a la espalda de Ford y le limpiaron los poros con una serie de percusiones whisplashmáticas. Los calamares pom-pom solían estar inmensamente más que cualificados para hacer su trabajo en la industria del spa, pero los desviaban del camino de su enésimo doctorado unos salarios atractivos, reservas ricas en plancton y la oportunidad de dar un masaje a un cazatalentos de la industria musical y, tal vez, cerrar un trato para un disco.

—¿Ya ha hecho alguna vez de cazatalentos, amigo? —preguntó el calamar, aunque no parecía muy esperanzado.

—No —contestó Ford, mientras las burbujas manaban de su casco de plexiglás y la cara, al agradable resplandor de la fosforescencia rocosa, iba adquiriendo un brillo naranja—. Aunque una

vez tuve un par de zapatos de ante azul, cosa que debería tomarse en cuenta—. Todavía tengo uno..., el otro es más cercano al malva porque es una copia.

Mientras hablaba, el calamar iba dando mordiscos al plancton que pasaba, lo cual hacía que la conversación fuese un poco inconexa.

—No sé si...

—¿Si qué?

—No he terminado.

—Es que ha dejado de hablar.

—Vi un destello y pensé que era el almuerzo.

—¿Come destellos?

—No. No destellos de verdad.

—Mejor, porque los destellos son crías de destellos, y son venenosos.

—Lo sé. Sólo decía que...

—¿Más destellos?

—Exactamente. Entonces, ¿está seguro de que no es un cazatalentos, o un agente?

—No.

—Oh, por Zarko —juró el calamar, no muy profesionalmente—. Hace dos años que trabajo aquí. Me prometieron que me lloverían los cazatalentos y los agentes. Ni uno. Ni uno solo, joder. Yo estudiaba kazoo, estaba en nivel avanzado, ya me entiende.

Ford fue incapaz de resistir un pie como ése.

—¿Kazoo avanzado? ¿Cómo de avanzados pueden ser los estudios de kazoo?

El calamar se sintió herido.

—Bastante avanzados si uno es capaz de tocar mil al mismo tiempo. Yo estaba en un cuarteto. ¿Se lo imagina?

Ford decidió que sí. Cerró los ojos, disfrutó del wup-pop de las ventosas en la espalda e imaginó cuatro mil kazoos que sonaban en perfecta armonía subacuática.

Al cabo de un rato el calamar envolvió a Ford en media do-

cena de tentáculos y le dio la vuelta con delicadeza. Ford abrió un ojo para leer la placa del calamar.

Soy Barzoo, se leía. Úseme como quiera.

Y debajo, en letra más pequeña:

Soy alérgico a la goma.

–Oiga, Barzoo. ¿Qué cosas tocaba?

El masajista empezó a bombear con los tentáculos antes de contestar, lo cual dio lugar a un remolino de corrientes.

–Viejas canciones principalmente. *Covers*. ¿Alguna vez ha oído hablar de Hotblack Desiato?

Sí que he oído ese nombre, se dijo Ford, pero no pudo concretar el recuerdo por completo. Con cada día que pasaba las cosas se volvían un poco más confusas.

–Hotblack Desiato. ¿No hace tiempo ya que ha muerto?

Barzoo ladeó la cabeza, pensando en eso. Al calamar le colgaba el pico abierto; no prestaba atención a las diminutas hileras de plancton ni a sus destellos.

–Eh, no se preocupe si no se acuerda. En este lugar yo también he empezado a tener algunos problemas de memoria. Nimiedades como cuánto tiempo hace que estoy aquí, qué finalidad tiene mi vida, en qué pies tengo que ponerme los zapatos. Cosas así.

El calamar no reaccionó; sus tentáculos descansaban pesadamente en el torso de Ford como una sogá vieja.

Ford deseó que Barzoo no hubiese muerto de repente, pero, si el calamar había pasado el estadio de energía, ¿perderían fuerza chupadora las ventosas o entrarían en una especie de modo chupador en punto muerto? Ford no tenía ningunas ganas de pasarse el resto de las vacaciones sometándose a operaciones quirúrgicas para quitarse los tentáculos adheridos al torso.

En ese momento Barzoo parpadeó.

–Eh, colega –suspiró Ford, y las burbujas le salieron del casco formando una espiral–. Bienvenido. Durante un segundo pensé...

–Bat-t-t-ería –dijo el calamar, haciendo resonar las tes–.
Batería.

Nunca me había dado cuenta, pensó Ford, de que los calamares se parecen mucho a un pájaro.

Entonces la gruta del masaje subacuático se disolvió y Ford Prefect terminó depositado en una habitación hecha de cielo azul.

Un personaje conocido estaba sentado en la esquina opuesta.

–Ah –dijo Ford, recordando.

Nota de la Guía: Recordar suele ser un proceso en dos fases que implica diálogo entre las partes conscientes y las partes subconscientes del cerebro. El subconsciente inicia el procedimiento lanzando el recuerdo pertinente, acto que libera un chorro de endorfinas autocongratulatorias.

–Bien hecho, amigo –dice la conciencia–. Ese recuerdo es realmente útil en este momento y yo no conseguía recordar dónde lo había puesto.

–Tú y yo, compadre –dice el subconsciente, encantado de que por una vez le reconociesen su contribución–, estamos juntos en esto.

Después el consciente repasa el recuerdo que encuentra en la bandeja de entrada y envía un mensaje al esfínter para decirle que se prepare para lo peor.

–¿Por qué me hiciste acordar de esto? –despotrica el subconsciente–. Es espantoso. Es terrible. Yo no quería recordarlo. ¿Por qué zarkis crees que lo había mandado al fondo del cerebro?

–Ésta es la última vez que te ayudo –farfulla el subconsciente, y se retira a las zonas más oscuras de sí mismo, donde se alojan los pensamientos sucios–. No te necesito –se dice a sí mismo–. Con todas esas cosas que has descartado, yo puedo hacerme una nueva personalidad.

Y así se siembran las semillas de la esquizofrenia, con granos de acoso infantil, dejadez, baja autoestima y prejuicios.

Por suerte, los betelgeusianos no tienen mucho subconsciente, así que para ellos no es un problema.

–Ah –volvió a decir Ford, y enseguida añadió–: Vaya mierda.